

KRIMINIS.

MUESTRA DE LECTURA · [KRIMINIS.COM/LIBROS](https://kriminis.com/libros)

MUESTRA GRATUITA · CAPÍTULO 1

El Perfilador

Manual de perfilación criminal

La ciencia real detrás de Mindhunter y El silencio de los corderos, villano a villano.

ANTONIO JAVIER CASTILLO MARTÍN

KRIMINIS.

EL PERFILADOR · MANUAL DE PERFILACIÓN CRIMINAL

// Parte 0 · El mito y la realidad

01

Lo que **Hollywood** te vendió

El perfilador psíquico no existe. Lo que existe es mucho más interesante.

📁 EXPEDIENTE

Un asesor entra en la escena del crimen. No mira las pruebas: cierra los ojos. Respira. Y entonces, en voz baja, empieza a hablar como si fuera otro —«me acerqué por detrás, no me esperaba, necesitaba que me mirase»—. Cuando abre los ojos, dicta el retrato sin un titubeo: varón, blanco, entre treinta y treinta y cinco años, vive solo, trabaja muy por debajo de su inteligencia, lo crió una madre dominante, conduce un coche discreto y oscuro, y volverá a matar antes de que acabe la semana.

El equipo asiente. Tres escenas después, el hombre del retrato abre la puerta de su casa y encaja hasta en el color del sofá. Caso cerrado en cuarenta y dos minutos.

Es una secuencia magnífica. También es, de principio a fin, **mentira**.

Casi todo lo que crees saber sobre la perfilación criminal te lo enseñó una pantalla. Y una pantalla es un pésimo profesor cuando su trabajo no es explicarte cómo funciona el mundo, sino que no te levantes del sofá. Antes de aprender lo que la perfilación *es*, hay que desmontar con cuidado lo que *no es* —porque ese malentendido es tan bonito, tan cómodo, que cuesta soltarlo—. Empecemos por ahí.

// EL PERSONAJE

El vidente con placa

Ya lo conoces. Es el miembro del equipo que llega a la escena y «siente» al asesino. Le basta un cuerpo y una habitación para recitar edad, profesión, estado civil, marca del coche y traumas de infancia, con la seguridad de quien lee una etiqueta. En *Mentes Criminales* lo hacen en corro, turnándose las frases del retrato como un rezo. En *El mentalista* ni siquiera necesita el cadáver: le llega con mirarte las manos. Es un personaje irresistible, y por eso lleva décadas en antena: el **perfilador psíquico**, mitad detective, mitad médium.

El problema no es que exagere. Todo el cine exagera; para eso está. El problema es *qué* exagera y en qué dirección. Porque este personaje no infla una técnica real: infla una fantasía, y lo hace hasta convertir un oficio lento, incierto y humilde en un superpoder. Y cuando el superpoder se te queda grabado, la realidad —que es mucho mejor— te parece decepcionante. Este libro existe, en buena parte, para revertir ese daño.

// EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Un siglo inventando al detective que lo ve todo

El vidente con placa no nació con la televisión por cable. Tiene un abuelo victoriano con lupa: **Sherlock Holmes**. Aquella fantasía de un hombre capaz de reconstruir tu biografía entera —tu

oficio, tus viajes, tu último disgusto— a partir del barro de tus botas y el desgaste de tu puño de camisa es exactamente el mismo sueño: el de una mente tan aguda que el mundo se vuelve, para ella, un libro abierto. Holmes prometía que *nada es ilegible para quien sabe mirar*. Ese es el ADN del personaje, y lleva siglo y medio dando dividendos.

El salto de la ficción victoriana al mito moderno tiene fecha y título: *El silencio de los corderos*, 1991. Aquella película hizo algo peligrosísimo para nuestra comprensión del tema: soldó la fantasía glamurosa del detective infalible a una *institución real*, el FBI y su unidad de comportamiento, rodada con su colaboración, con Clarice entrenándose en un Quantico de verdad. De golpe, el superhéroe deductivo ya no era un excéntrico de Baker Street: llevaba una placa auténtica y trabajaba en un sótano que existía. La frontera entre el mito y el oficio se borró esa noche, y no se ha vuelto a dibujar bien. Cada perfilador de ficción que ha venido después es, en el fondo, Sherlock Holmes con cazadora del FBI.

Que el mito tenga siglo y medio importa por una razón práctica: significa que llegaste a este libro *ya* convencido, antes de la primera página, de que perfilar es deducir como Holmes. No es tu culpa —es una de las historias más viejas y adictivas que nos contamos—. Pero es la que hay que soltar.

// POR QUÉ TE LO TRAGAS

El consuelo de que el mal tenga gramática

Conviene preguntarse por qué el mito engancha tanto, porque la respuesta ya enseña algo sobre criminología. El crimen violento nos aterra no solo por el daño, sino por lo que *parece*: un agujero de sinsentido en mitad de la vida ordinaria. Alguien entra en una casa cualquiera un martes cualquiera y lo rompe todo, y la pregunta que deja no es «¿quién?», sino la más insoportable de todas: *¿por qué?*

El perfilador de ficción responde justo a ese miedo. Cierra los ojos y nos promete que el horror **tiene una gramática**: que la oscuridad se puede leer como se lee una frase, que detrás del caos hay reglas, y que existe una persona capaz de descifrarlas y devolvernos el orden. Es un cuento profundamente reconfortante. Nos dice que nada es del todo azaroso, que el monstruo es legible y, por tanto, atrapable. Por eso lo compramos: no porque nos parezca verosímil, sino porque nos alivia. Y ahí está la trampa —un consuelo no es una técnica—.

Hay un segundo consuelo, más íntimo, escondido dentro del primero: si el monstruo es legible, entonces es *reconocible*; y si es reconocible, quizá nosotros lo veríamos venir. El perfilador de ficción no solo ordena el caos pasado: nos promete, por debajo, que el mal tiene una cara, unos rasgos, un patrón detectable a tiempo por un ojo entrenado. Es la misma pulsión que nos hace devorar un documental murmurando «¿cómo no se dieron cuenta?», convencidos de que nosotros sí. La perfilación real desactiva con delicadeza esa fantasía, y su lección incomoda: la mayoría de los depredadores no llevan el mal escrito en la frente. Eran, para el vecino, el tipo amable del cuarto; para el trabajo, el compañero puntual. El monstruo casi nunca *parece* un monstruo —y esa verdad, menos tranquilizadora, es justo la que hay que aprender a leer—.

Lo que ningún perfilador ha hecho jamás

Si desmontas la secuencia del expediente, verás que se apoya en tres milagros. Y ninguno de los tres ocurre en la vida real.

El primero es la **certeza instantánea**. En la ficción, el retrato llega entero en una escena, sin borradores. En la realidad, un perfil serio es el resultado de semanas o meses de trabajo sobre montañas de documentación —informes de autopsia, fotografías, mapas, antecedentes— y llega lleno de condicionales: «probablemente», «tiende a», «es compatible con». No es una revelación; es una hipótesis que se corrige sola a medida que entran datos.

El segundo es la **especificidad imposible**. «Conduce un sedán beige, es el tercer hijo, coleccionó insectos de niño.» Un perfil real no dibuja a un individuo con ese detalle de casting, porque no puede: trabaja con *rangos y probabilidades* sobre poblaciones. Puede decir «varón, probablemente entre los veinticinco y los cuarenta, con antecedentes de delitos menores y un empleo por debajo de su capacidad». No puede decirte la matrícula. Quien te diga la matrícula está actuando, no perfilando.

El tercero es el más dañino: en la ficción, **el perfil atrapa al asesino**. Señala a una persona, y esa persona resulta ser. En la realidad, un perfil no señala a nadie: *estrecha el campo*. Reduce una lista de dos mil sospechosos a un puñado prioritario, sugiere por dónde buscar y cómo interrogar. Es una linterna que ilumina una dirección en la oscuridad, no una huella dactilar que apunta a un culpable. Ningún perfil, por sí solo, ha llamado jamás a una puerta con la certeza de quién había detrás.

Las tres mentiras comparten la misma raíz, y merece la pena nombrarla: la ficción necesita un **protagonista**. Necesita a alguien con rostro, con don, que gane la partida en el segundo acto para que tú sientas el alivio en el tercero. La realidad no funciona así. Perfilar es un trabajo de equipo, repartido entre analistas, forenses, agentes de calle y una montaña de papeleo; es lento porque la certeza es cara; y es probabilístico porque las personas, incluso las que matan, no son ecuaciones. El vidente con placa existe porque un guion no puede poner en pantalla «tres meses de reuniones y una hipótesis con un 60 % de confianza». Pero ese aburrimiento honesto es, precisamente, la técnica de verdad. Lo espectacular casi nunca es lo cierto.

✂ MITO VS. REALIDAD

EL MITO

El perfilador cierra los ojos, «ve» al asesino y da un retrato exacto que conduce directo a su puerta. La perfilación identifica al culpable.

LA REALIDAD

El analista lee la conducta de la escena y deduce el **tipo** de persona más probable: rangos de edad, relación con la víctima, nivel de organización, historial probable. No da un nombre; estrecha el cerco para que otros lo cierren. Es una herramienta de investigación entre muchas, no un detector de culpables.

// EL MITO HACE DAÑO

No es inofensivo creer en magia

Podrías pensar que todo esto da igual: es entretenimiento, nadie se lo cree en serio. Pero sí se lo creen, y en los peores sitios. El mito del perfilador todopoderoso ha goteado desde la pantalla hasta las salas de tribunales y las comisarías, y ahí deja de ser inofensivo.

Deja tres cráteres. El primero, en el **público**: cuando un jurado espera que un perfil funcione como una prueba de ADN —exacto, individual, concluyente—, valora mal lo que oye, y descarta o sobrevalora un testimonio pericial por razones equivocadas. El segundo, en la **propia investigación**: un perfil formulado con demasiada seguridad puede fabricar *visión de túnel*, hacer que un equipo se enamore de un tipo de sospechoso y deje de mirar en las otras direcciones —volveremos a este error, y a un caso célebre en que salió carísimo, más adelante—. Y el tercero, sobre la propia **disciplina**: cuando la promesa es «magia», cada vez que la magia falla —y falla— la criminología entera parece un fraude. El mito la condena a oscilar entre dos caricaturas: brujería o charlatanería. La verdad, como casi siempre, está en el medio menos vistoso y más útil.

Nada de esto es especulación: tiene hasta nombre en la literatura. Se le llama el **«efecto CSI»** —el fenómeno, estudiado por fiscales y jueces, según el cual años de televisión forense han recalibrado lo que un jurado espera de una prueba—. La gente sale de su casa creyendo que la ciencia criminal siempre da respuestas limpias, inmediatas y del cien por cien, y cuando en un juicio real se encuentra con lo que hay —indicios parciales, probabilidades, «no se pudo determinar»—, se siente estafada, y a veces vota en consecuencia. Con la perfilación pasa su versión más peligrosa: si un jurado espera de un perfil la exactitud de una huella dactilar, un buen análisis conductual —prudente, lleno de matices— le parecerá flojo, y uno malo pero vendido con aplomo de vidente le parecerá una prueba. El mito no solo desinforma: *invierte* el criterio, premiando la seguridad falsa y castigando la honestidad.

Esto es lo que un perfil real entrega de verdad —y lo que jamás promete—:

Entrega un *tipo*, no un nombre.

- Un rango de edad probable, no una fecha de nacimiento.
- La relación probable con la víctima (¿conocido?, ¿desconocido?) y el nivel de organización del criminal.
- Un historial delictivo previo compatible y un anclaje geográfico aproximado (dónde vive o se mueve).
- Cómo abordarlo e interrogarlo si aparece en la lista.

¿Para qué sirve todo eso? Para **priorizar**. Para convertir una lista imposible de sospechosos en una lista manejable, y decirle a la investigación por dónde empezar. Una linterna, no una huella. Un mapa de probabilidades, no una acusación.

// LA EXCEPCIÓN HONRADA

No toda la ficción miente

Sería injusto meter a toda la cultura pop en el mismo saco, porque de vez en cuando alguien lo hace bien —y esos aciertos son, precisamente, los que este libro va a usar como aliados—. *Mindhunter*, por ejemplo, renunció al vidente y retrató algo mucho más fiel: agentes reales, dudas reales, entrevistas largas y tediosas en celdas reales, y una técnica que se construye a tientas, equivocándose. No es casual que sea también la ficción que más gente ha convertido en curiosos de la criminología: resulta que la verdad, bien contada, engancha más que la magia.

Ese es el pacto de este manual. No vamos a despreciar la ficción —es nuestro idioma común, y la mejor puerta de entrada a conceptos áridos—. Vamos a usarla con criterio: quedarnos con lo que acierta, señalar con cariño lo que inventa, y convertir a los villanos que ya amas en el aula donde se aprende lo de verdad. Hannibal, Dexter, el Zodiac o Jigsaw no son la asignatura; son los ejemplos con los que la asignatura por fin se entiende.

Un último matiz, para que el pacto sea limpio: no todos los villanos son buenos profesores. Algunos enseñan cosas falsas con muchísimo encanto —tópicos repetidos tantas veces en pantalla que acaban pareciendo datos comprobados—, y con esos habrá que tener el bisturí a mano y desmontarlos despacio, porque un cliché creído a ciegas hace tanto daño como una mentira: distorsiona a quién teme la gente, a quién sospecha la policía y a quién condena un jurado. Ya nos toparemos con alguno especialmente venenoso más adelante. Distinguir al maestro del embaucador es, también, parte de aprender a perfilar —y para cuando llegues a la última página, lo harás casi sin darte cuenta—.

EL CASO KRIMINIS · WILL GRAHAM

El silencio de los corderos / Hannibal · el perfilador que «siente»

La versión más seductora del mito no es el vidente barato de la tele: es **Will Graham**, el perfilador que empatiza con el asesino hasta *convertirse* en él —«este es mi diseño», susurra mientras reconstruye el crimen desde dentro—. Es un personaje magnífico, y encierra una verdad real: perfilar exige, en efecto, reconstruir la *lógica* del criminal, meterte en cómo veía él la escena, qué buscaba, qué necesitaba. Esa parte no es magia; es método.

Lo que Graham exagera es el resto: la certeza psíquica, la ósmosis emocional, la idea de que entender a un monstruo es *sentirlo* en carne propia. En la realidad no se «canaliza» a un asesino: se analiza su conducta con datos, distancia y una libreta. Y esa distancia no es un defecto del método, sino su salvavidas —porque el precio de mirar demasiado de cerca al abismo es un asunto tan serio que le dedicaremos el último capítulo del libro—.

→ Expediente completo de Hannibal Lecter en kriminis.com

TU TURNO

La próxima vez que veas una serie policíaca con perfilador, juega a cazar las **tres imposibilidades**:

1. **Certeza instantánea:** ¿el retrato llega entero en una escena, sin dudas ni borradores?
2. **Especificidad imposible:** ¿acierta detalles que ningún dato de la escena podría dar (el coche, el número de hermanos)?
3. **El perfil que atrapa:** ¿el retrato señala a una persona concreta, en vez de estrechar una lista?

Cuando las tres aparezcan en el mismo minuto, no estás viendo perfilación: estás viendo a un mago con placa. Y ya sabes lo suficiente para notarlo.

En una frase: el perfilador de la tele lee mentes; el de verdad lee conductas. Uno es magia y nunca ha resuelto nada; el otro es un oficio —lento, incierto y falible— y es el único que, de vez en cuando, funciona.

En el próximo capítulo respondemos a la pregunta que acabamos de abrir: si no es leer mentes, ¿qué es *exactamente* perfilar? De dónde saca sus conclusiones, para qué sirve de verdad... y dónde están, con honestidad, sus límites.

KRIMINIS.

// FIN DE LA MUESTRA

Esto era solo el principio

Acabas de leer el **primer capítulo** de **El Perfilador**. El libro completo son **20 capítulos** — y, al final, un cuaderno de trabajo con **fichas de los villanos, vacunas de recuerdo, un mapa conceptual y un test de 20 preguntas con solucionario**.

El Perfilador

Manual de perfilación criminal

4,95 €

Ebook (Kindle) · PDF

Consíguelo en **kriminis.com/libros**

Explicar no es justificar.
— Antonio Javier Castillo Martín